

Vigésimo Tercer domingo del Tiempo Ordinario C2022

Permítanme comenzar la homilía de hoy de una manera muy sencilla diciendo que cuando leemos el Evangelio, a veces encontramos palabras muy difíciles que salen de la boca de Jesús, como estas: “Si tu ojo te hace pecar, arrácatelo”, “Si tu mano te hace pecar, córtala”, “Si alguien te golpea en la mejilla derecha, dale también la izquierda”, “Amen a sus enemigos”, “Oren por sus perseguidores”. Añádase a todo eso lo que escuchamos en el Evangelio de hoy sobre el odio a los padres, a los hermanos e incluso a la propia vida.

Pero, ¿por qué Jesús está hablando así? ¿Qué quiere decir con todo esto? ¿Cuál es su intención al decir cosas tan difíciles? Jesús quiere que nos acerquemos a Dios y nos comprometamos totalmente con él equilibrando nuestras consideraciones humanas con las exigencias de su Reino. En otras palabras, lo que Jesús quiere decirnos es que ser discípulo es exigente y desafiante. Requiere un sacrificio, un cambio de comportamiento y una conversión del corazón para sintonizarlo con la realidad del reino de Dios.

Entremos en detalles al mirar el Evangelio del día. Para hacerlo más fácil, quiero poner un orden en estas exigencias de Jesús: En primer lugar, hay el rechazo del afecto familiar y del amor propio. Para Jesús, ser su discípulo requiere un amor elevado, superior a todos los lazos y afectos familiares. Cuando Jesús dice así, no nos enseña el mero odio a nuestros familiares o a nosotros mismos, lo que sería contrario a la ley del amor. Lo que quiere es que lo pongamos por encima de todo y lo preferimos a todo, sean nuestros lazos de parentesco o nuestra propia vida, de manera que ningún obstáculo se interponga en nuestro camino de amarlo.

Este punto es importante para ayudarnos a comprender uno de los aspectos de la escasez de sacerdotes o de la vida religiosa. Por ejemplo, una de las razones por las que algunos muchachos o muchachas no quieren hacerse sacerdotes o religiosos es el hecho de que nunca podrán formar una familia. La idea de vivir sin familia les disuade del compromiso con la vida religiosa. También hay el temor de vivir la vida de pobreza y obediencia, que es característica de la vida religiosa.

Segunda exigencia: la renunciación de los bienes materiales. Tal renunciación es necesaria porque a veces los apegos materiales nos impiden darle a Dios el primer lugar en nuestra vida. Esto es tan cierto que la experiencia humana nos ha mostrado que algunas personas están tan obsesionadas con la riqueza que nada cuenta fuera de sus posesiones.

Además, las posesiones materiales tienen el peligro de encerrar nuestro corazón en nuestros bienes hasta el punto de olvidar que lo que tenemos es sólo un don recibido de Dios. Debido a que Dios nos ha bendecido con posesiones materiales, tenemos que convertirnos también en una bendición para los demás. La verdad es que si elegimos seguir a Cristo, tenemos que cambiar nuestras actitudes hacia los bienes de este mundo, que no tienen un valor absoluto en ellos. También tenemos que aceptar el sacrificio.

Tal visión nos ayuda a comprender la exigencia de san Pablo a su discípulo Filemón de recibir de vuelta a Onésimo y tratarlo como a un hermano querido por él. Tal propuesta estaba en contra de las costumbres de la época en que un esclavo era tratado como una propiedad personal y con dureza en caso de que se escapara. Al pedirle a Filemón que lo acoja de nuevo, san Pablo le enseña no sólo el perdón, sino también el desapego de los bienes materiales.

Tercera exigencia: el espíritu de cálculo. El espíritu de cálculo no tiene nada que ver con un modelo de negocio, sino que va en el sentido de astucia y claridad de pensamiento al juzgar

lo que nos es rentable y puede contribuir a nuestra salvación. En este sentido, la regla sería: discernir claramente lo que es bueno para nuestra salvación y perseguirlo, y abandonar lo que no lo es. Si calculamos mal el precio a pagar para ser un verdadero discípulo, no estamos engañando a nadie más que a nosotros mismos porque somos nosotros los que fallamos.

Al referirse a las imágenes de la construcción y la guerra, Jesús quiere decirnos que ser discípulo no es una decisión de una sola vez, sino un proceso que requiere inteligencia afín de obtener éxito. Es un compromiso que requiere una decisión permanente de perseverar en nuestra fe. Cuando decidimos seguir a Jesús por primera vez, ciertamente sabíamos que había que pagar un precio en términos de renuncia y conversión. Pero, ahora nos damos cuenta de lo que nos cuesta. En otras palabras, nunca esperaremos que las cosas sean fáciles; tenemos que luchar para ganar la victoria como Jesús que pasó por la cruz antes de la resurrección.

Última exigencia: la capacidad de llevar la cruz. Tomar nuestra propia cruz no significa buscar el sufrimiento. Jesús mismo no buscó su cruz, sino que tomó la que vino a él en obediencia al Padre.

La cruz es parte de nuestra vida como cristianos como lo fue para Jesús. La cruz no tiene nada que ver con el masoquismo. Es el símbolo de las cargas y las dificultades de la vida. Puede tomar muchas formas. Puede ser una enfermedad de la que queremos deshacernos, pero no funciona. Puede ser una relación difícil, tal vez con el cónyuge, los hijos o familiares.

Pero, sea que sea su forma, llevar la cruz significa aceptar las pruebas de la vida presente en la fidelidad a Jesús y siguiendo sus huellas. Si llevamos nuestras cruces de esta manera, nos daremos cuenta de que así como Jesús triunfó en la resurrección después del Viernes Santo, nosotros también lo haremos.

La exigencia de la cruz significa que sean que sean las dificultades y pruebas que encontremos en nuestra vida; no deben desviarnos o disminuir nuestro amor por Jesús. Siempre tenemos que recordar que, por más difíciles que sean, no estamos solos en nuestras dificultades. Jesús está con nosotros y comparte todo con nosotros, porque ha sido el primero en pasar por el sufrimiento y la cruz.

¿Son fáciles estas exigencias de Jesús? No. ¿Cómo no preferir a los miembros de nuestra familia a nada en el mundo? ¿Por qué renunciaremos a un interés evidente cuando nos hubiésemos aprovechado de la situación? ¿Por qué nos impondremos sacrificios donde nos hubiésemos sentido cómodos? Si nos mantenemos dentro de la lógica humana y usamos argumentos humanos, nunca cumpliremos las demandas de Jesús. Solo cuando nos dejamos guiar por la sabiduría de Dios y su Espíritu, podemos actuar en consecuencia.

¡Oremos, pues, para que Dios nos ayude a elegirlo a él por encima de todo! ¡Que nos llene de su sabiduría para que tomemos las decisiones correctas en las cosas que hacemos en este mundo y lleguemos a nuestra salvación! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 9:13-18b; Filemón 9-10, 12-17; Lucas 14: 25-33



Fecha de la Homilía: el 04 de Agosto, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220904homilia.pdf